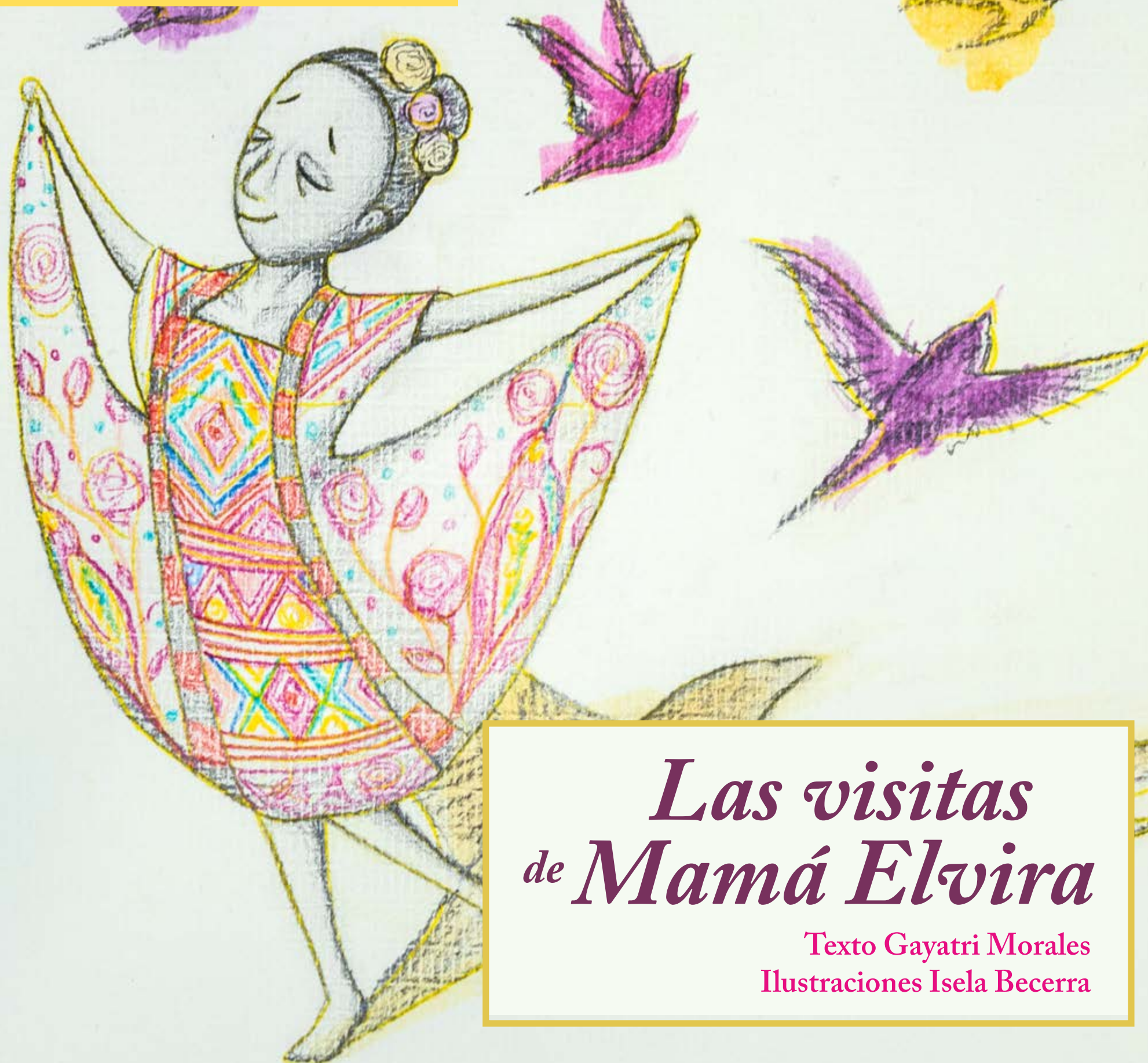


Derechos de las mujeres  
indígenas y afroamericanas



*Las visitas*  
*de Mamá Elvira*

Texto Gayatri Morales  
Ilustraciones Isela Becerra





**INPI**

INSTITUTO NACIONAL  
DE LOS PUEBLOS  
INDÍGENAS



**Lic. Adelfo Regino Montes**  
Director General del INPI

**Dra. Bertha Dimas Huacuz**  
Coord. Gral. de Patrimonio Cultural, Investigación y  
Educación Indígena

**Maritza García Licona**  
Directora de Comunicación Social

---

**Gayatri Morales Fragoso** Textos

**Rosa Isela Becerra Rodríguez** Ilustraciones

**Carla Becerril Cruz** Arte y diseño editorial

**Evelyn Ruiz y Andrea Rivas** Fotografía

**Norberto Zamora Pérez** Coordinación

# *Introducción*

---

Mamá Elvira, la abuelita del pueblo, regresa en las noches para visitar a sus nietas e hijas. Entre susto y el calorcito de su presencia, las jóvenes mujeres conviven con la ancianita y reflexionan sobre sus vidas. Mamá Elvira quiere mucho a cada una de ellas y siempre está buscando que puedan ejercer sus derechos como mujeres indígenas; además siempre les trae algo rico para comer.

*Las visitas de Mamá Elvira* es una serie de nueve cuentos que presentan los derechos de las mujeres indígenas y afroamericanas. Los cuentos están pensados para que mujeres jóvenes en contextos rurales puedan escucharlos, disfrutarlos y reflexionarlos.

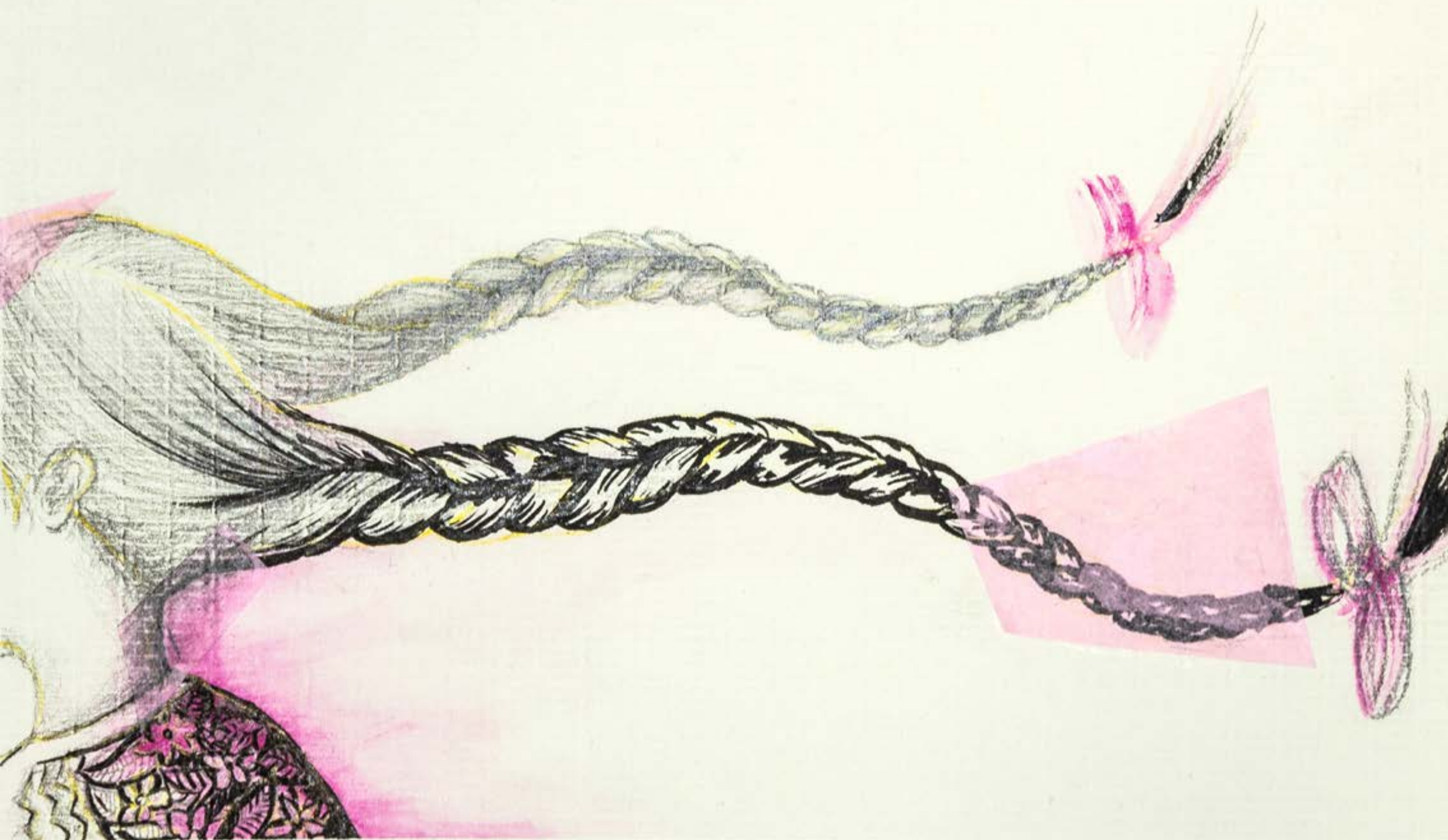
Por medio de los cuentos se plantea: el derecho a la propia cultura, el derecho a la posesión de la tierra, el derecho a la información y participación, el derecho a la salud, el derecho a la libertad en el matrimonio, el derecho a la educación, el derecho al empleo digno y el derecho a vivir una vida libre de violencia. Muchas veces ser mujer no es tan sencillo y existen contextos donde puede ser aún más difícil, pero esperamos que en este mundo saturado de violencia hacia las mujeres, Mamá Elvira pueda abrazarnos un poco el corazón.

**LAS VISITAS DE MAMÁ ELVIRA**  
*Derechos de las mujeres indígenas y afroamericanas*





*¡Qué Rico Tamal!*



## Por el derecho a nuestra propia cultura



Entre todas las experiencias que Mine ha coleccionado en su memoria, su primer día en la secundaria es el que recuerda con más cariño. No por el transporte, las clases o los descansos, sino porque cuando piensa en ese día, también piensa en su abuelita.

Aquella mañana se despertó a las seis en punto, mucho tiempo después de que cantara el gallo. Se aseguró que su cabello quedara perfectamente acomodado en dos trenzas y se puso el vestido con los bordados más bonitos que tenía. Estaba emocionada y nerviosa por su primer día de clases. Doña Teresa, mamá de Mine, le preparó unos blanquillos en salsa roja y tortillas calientitas para desayunar. -¡Uy! Hasta a mí se me antojan-. Después, puso a calentar el atole, estaba a punto de sentarse a desayunar con su hija cuando Doña Reina entró trotando por la puerta.

—Vengo a contarles una muy buena noticia, por fin liberaron a Doña Sofi, su hijo mayor ya fue a la capital a recogerla —expresó Doña Reina muy emocionada.

—Qué bueno, le voy a preparar un atolito de avena para llevárselo cuando llegue, la ha pasado muy mal. Pero cuéntame bien el chisme —respondió Doña Teresa.

Hacía unos meses habían apresado a Doña Sofí en una tienda por robo, pero ella no había hurtado nada. Sólo la agarraron porque no sabía español y creyeron que no iba a poder defenderse, pero la hija de Doña Sofía se enojó y hasta logró que despidieran a los oficiales que la habían detenido. Al final resultó que era ilegal que no le dieran un traductor de su lengua.

—Qué gusto que su hija la estuviera cuidando —comentó doña Teresa—, por cierto, Mine ¿a qué hora pasa don Rogelio?



Mine se había metido tanto en el chisme que no se había dado cuenta que faltaban cinco minutos para que la colectiva de don Rogelio partiera hacia el pueblo donde estaba su nueva secundaria. Terminó su desayuno lo más rápido que pudo y salió corriendo para tomar la camioneta. Durante todo el camino fue pensando en cómo serían sus nuevas amigas, pero al llegar nada se parecía a lo que había imaginado. Todo el día se burlaron de ella, la criticaron y la hicieron sentir que valía menos por ser indígena.

Mine regresó muy triste a su casa. No hizo sus tareas, no ayudó a preparar la cena y tampoco acompañó a su mamá a visitar a las vecinas, incluso se fue a dormir sin cenar. Mientras dormía, su abuela, Mamá Elvira, decidió visitarla. Hacía cinco años que doña Elvira había fallecido, así que ya imaginarán el brinco que pegó Mine al verla. Por lo contrario, Mamá Elvira mostraba una sonrisa de oreja a oreja.

—Tranquila, mi vida. No te asustes, es un sueño. Sólo vine a preguntarte por mi amiga Sofi. Me enteré que estaba detenida; pero esa mujer es como un pan de dulce.

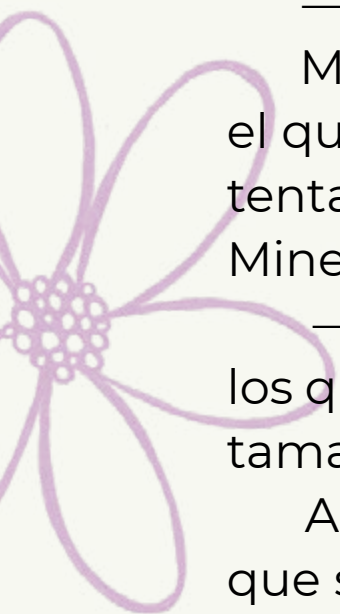
—¿Mamá Elvira? —logró decir Mine tartamudeando.

—Sí, soy yo. No te sorprendas tanto. ¿Te sabes el chisme?

Mine le contó todo lo que había escuchado casi con el mismo detalle con el que Doña Reina había narrado lo sucedido. Mamá Elvira estaba muy contenta de saber que habían liberado a su amiga, sin embargo, podía ver que Mine estaba triste mientras platicaba la historia.

—Ya sé qué pasa, había olvidado la mejor parte: te traje un tamalito de los que sólo yo sé hacer —dijo Mamá Elvira mientras buscaba en su bolsa un tamal para la pequeña.

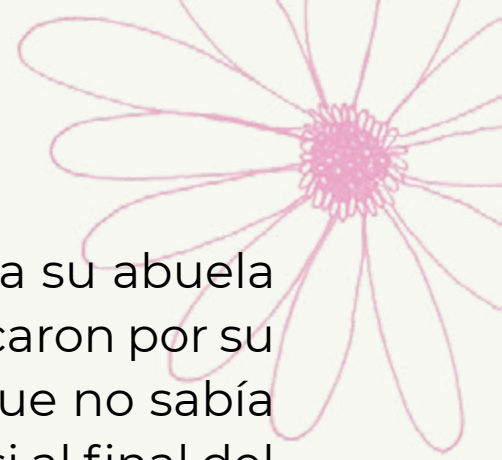
A pesar de lo delicioso que se veía el tamal, éste no logró animar a Mine, que seguía triste y ni siquiera quiso probar el obsequio de su abuela. Mamá











Elvira se preocupó. Después de mucho insistir la joven le contó a su abuela lo que había sucedido en la escuela: algunos compañeros la criticaron por su ropa y su peinado; en la clase de inglés se burlaron de ella porque no sabía muchas palabras; en la comida se rieron de sus enchiladitas y casi al final del día se atrevieron a criticar a su mamá y a su papá.

Mamá Elvira se levantó muy enojada y creció al triple de su tamaño.

—¡Mi amor, para que te quede claro, esa ropa y tu peinado son hermosos, no tienes por qué justificar lo que eres! ¡No sólo sabes algo de inglés y muy bien español, también sabes nuestro idioma y esas enchiladas... y esas enchiladas le salen muy sabrosas a tu madre! —dijo Mamá Elvira mientras se hacía aún más grande.

—Así se ve enorme —comentó Mine un poco asustada.

—Qué bueno que me vea así de grande porque esas chamacas y esos chamacos están actuando mal. Es bueno que seamos diferentes. ¿Qué quieren? Que todos seamos como las piedras junto al río, lisas y sin chiste.

Mientras su abuelita gritaba hacia todos lados muy enojada, Mine recordó cómo se habían despedido de Mamá Elvira, y de las fiestas que se celebran en su comunidad. Incluso pensó lo mucho que le gustaba pisar la tierra cuando ayudaba en el campo y cómo su prima le ponía flores cuando se cortaba los pies. La joven miró a su abuela y le agradeció todo lo que le había enseñado, tomó discretamente el tamal que le había traído y lo comió con mucho gusto.

—Ay, Mamá Elvira, pero qué rico está el tamal que me trajo —murmuró Mine con la boca llena.

*¿Y nuestra tierra?*





## Por el derecho a la posesión de la tierra

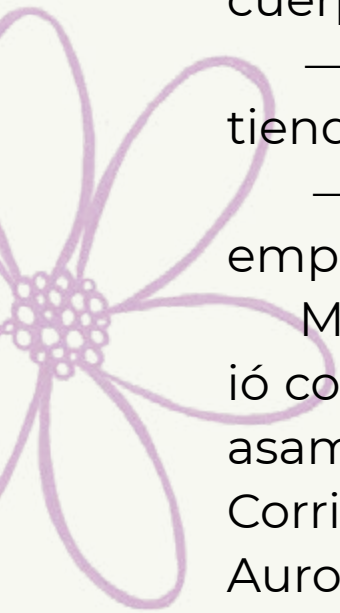
Recorrer el camino desde las tierras de su familia hasta su casa era una de las cosas que más le gustaba hacer a Malinali. El señor Pedro, su papá, le había enseñado a fijarse en las plantas que crecen junto a los caminos y a reconocer cuál era cada una y para qué servían.

—Con esa se puede hacer té para el dolor de panza y la de allá sirve para ahuyentar a los insectos —susurraba Malinali mientras recordaba las palabras de su padre.

Como todas las mañanas, Mali regresaba de alimentar a los animales y revisar la milpa. Venía muy asoleada, se había parado más tarde de lo acostumbrado y el sol la había alcanzado, estaba lista para servirse un vaso de agua fresca. Cuando llegó a su casa encontró a Don Pedro preocupado y se olvidó del agua. Aunque Malinali insistió bastante, su papá no quiso hablar de aquello que le preocupaba, así que cambió el tema. Mientras platicaban de la milpa, Don Pedro le sirvió un vaso de jugo de fruta fresca. Cuando probó el jugo recordó lo sedienta que estaba y sintió cómo se refrescaba todo su cuerpo.

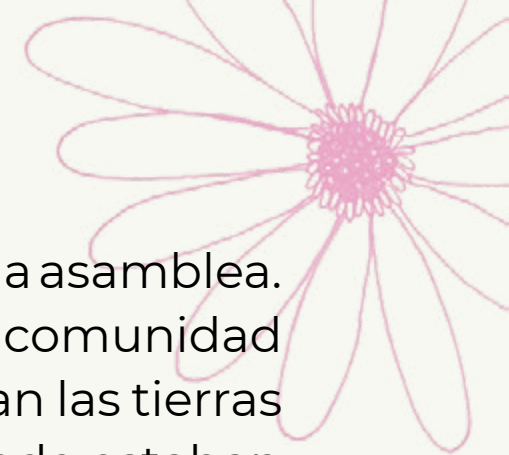
—Le quedó bien rico el jugo a mi mamá —comentó Malinali todavía sintiendo el sabor en su boca.

—¿Cuál? Si la hice yo. Tu mamá se fue a la asamblea a ver algo de una empresa —respondió Don Pedro algo indignado.



Malinali se terminó todo el jugo de un sorbo, se despidió de su papá y salió corriendo para alcanzar a su mamá. Había quedado de acompañarla a la asamblea y con el trabajo de la mañana se le había olvidado por completo. Corrió hacia las canchas, buscó entre las personas y por fin encontró a Doña Aurora, su mamá. Malinali la saludó y se disculpó por la tardanza.





Doña Aurora le platicó con detalle todo lo que se había dicho en la asamblea. Al parecer, una constructora quería comprar varios terrenos en la comunidad para hacer una carretera. La compañía aseguraba que sólo usarían las tierras que estaban abandonadas; habían llevado un mapa satelital donde estaban marcados los terrenos sin cultivar.

—Pero si acá casi no tenemos tierras sin usar —expresó Malinali interrumpiendo el relato de su mamá.

—Claro que no, pero tomaron la foto cuando no era temporada de siembra. No te preocupes, ya se está pensando en un plan para detenerlos. Nadie quiere la carretera, el único que los apoya es don Arturo. Hace rato se atrevió a decir que las mujeres no podíamos votar, pero mi cuñada Mariana lo puso como chancía —explicó Doña Aurora.

Malinali y su mamá se quedaron en la asamblea hasta que terminó. Por lo pronto se acordó detener el proyecto. De regreso a casa, Mali se acordó de su papá y le preguntó a Doña Aurora por qué él estaba triste.

—Es por tu hermano, decidió quedarse en la Ciudad de México. Ahora tu papá no sabe a quién dejarle las tierras —explicó Doña Aurora.

Esa noche Malinali soñó con los animales y la milpa, no quería perderlos. Don Pedro, en cambio, soñó con su mamá, Doña Elvira, que hacía varios años había muerto y algunas veces regresaba para aconsejar a su familia.

—Mamacita, ¿qué hace por acá?, mis sobrinas dicen que entre sueños a veces les lleva comida, ¿me trajo un tamalito? —exclamó Don Pedro cuando pudo controlar el susto.

—¿Qué te voy a andar trayendo un tamal? Si a lo que vengo es a ponerte un regañiza —le contestó enojada.

Mamá Elvira se había enterado que su nieto no pensaba regresar al pueblo y le había molestado mucho que su hijo se pusiera triste por perder las







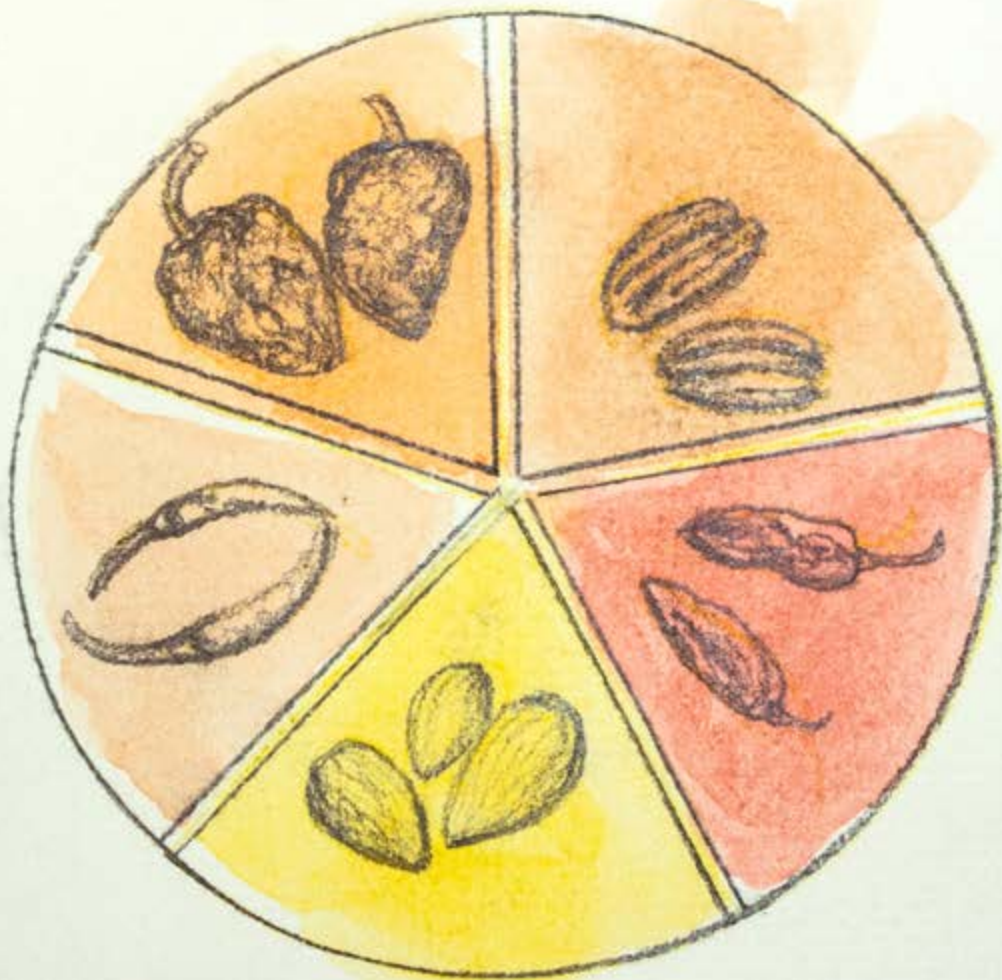


tierras en lugar de pensar heredárselas a Malinali. Con toda la calma que pudo se lo explicó a su hijo. Don Pedro se dio cuenta de lo ciego que había sido, Malinali sabía atender a los animales y tenía muy buena mano para la siembra. Todo lo mal que se sentía disminuyó de repente, tenía una hija que cuidaba muy bien de la tierra. ¿Cómo no lo había notado? Casi quiso despertarse para decirle a Malinali en ese momento, pero decidió que lo mejor sería esperar a la mañana siguiente. Mamá Elvira estaba orgullosa de su nieta y de su hijo.

—Mamacita, ¿segura que no me trajo un tamalito? —comentó Don Pedro al ver una pequeña sonrisa en el rostro de su madre.



# *Un poco de mole*





## Por el derecho al empleo digno



Ana despertó muy nerviosa. No podía dejar de pensar que en unas cuantas horas tenía que asistir a una entrevista en su trabajo. Ya llevaba dos años trabajando en la presidencia municipal y por fin veía la oportunidad de un ascenso. Se sentía preparada, pero como había muchas personas que también querían el puesto estaba nerviosa. El desayuno la fue tranquilizando. Su mamá le preparó un atole de arroz que le calentó todo el cuerpo.

Como todos los días, Ana tomó la colectiva de don Rogelio, viajó hasta la cabecera y comenzó a hacer su trabajo. Al cabo de un rato la llamaron para la entrevista. Durante la reunión se sorprendió muchísimo, no le preguntaron nada de lo que había preparado; en lugar de eso querían saber sobre su familia, si tenía planeado embarazarse pronto, si estaba casada o era soltera, y un montón de cosas que no tenían nada que ver con el trabajo.

En el viaje de regreso ya no estaba nerviosa, sino triste. Cuando llegó a su casa, Don Miguel y Doña Blanca, papá y mamá de Ana, estaban poniendo la mesa para comer. La muchacha les platicó a sus padres un poco de la entrevista, aunque no quiso hablar mucho pues la situación la hacía sentir incómoda. Don Miguel y Doña Blanca abrazaron a Ana para reconfortarla. Cuando terminaron de comer, su mamá le pidió que la acompañara a ver a los animales. Se fueron por el camino más largo para poder pasar por el río. Desde que Ana era muy chica disfrutaba ver como caía el agua. Después de revisar que todos los borregos estuvieran bien, ambas se sentaron en el pasto a tomar un poco de sol.

—Ahora sí, ¿cuéntame qué pasó en la entrevista? —preguntó Doña Blanca cuando notó que su hija estaba más tranquila.

Ana le comentó lo raro que había sido el día, no sólo la entrevista. A varias



de sus compañeras les había pasado una situación similar y todas parecían muy incómodas.

—Ya no quiero hablar de eso, mejor antójame. ¿Qué vamos a cenar? —soltó Ana después de un rato de desahogarse con su mamá.

—Quién sabe que va a hacer tu papá, no le pregunté, como me vine a cuidar a los animales le toca ver que vamos a cenar. A lo mejor Tlacoyos, le salen muy ricos —dijo Doña Blanca saboreándose los tlacoyos en la cabeza.

—Sí, aunque a veces le quedan muy redondos, más bien parecen gorditas —comentó Ana mientras se reía disimuladamente.

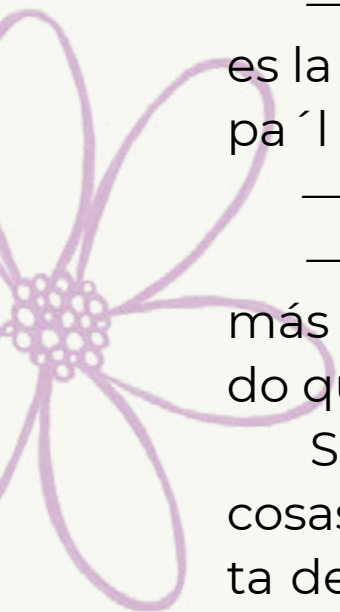
Cuando madre e hija regresaron a la casa, notaron que, efectivamente, Don Miguel había hecho tlacoyos, y al contrario de lo que su Ana supuso, tenían una forma casi perfecta. Más tarde ese día, a Ana le costó mucho trabajo quedarse dormida, no podía dejar de pensar en la entrevista. Esa noche soñó con su abuelita. Mamá Elvira había fallecido varios años antes y ya era conocido que visitaba a sus hijas y a sus nietas durante los sueños. Como en casi todas sus visitas, Ana se espantó y Mamá Elvira, acostumbrada a esto, la tranquilizó.

—Estoy haciendo una encuesta, para decidir cuál de mis recetas de mole es la más rica. La receta que gane la voy a meter al concurso del mejor mole pa' l muerto —explicó Mamá Elvira.

—¡Qué rico! —respondió Ana.

—Pero antes cuéntame... ¿Cómo están las borregas? ¿Cuál es la canción más popular de la radio? ¿Cómo te va en el trabajo? ¿Ya terminaste el bordado que empezaste hace cinco años? —dijo rápidamente Mamá Elvira.

Su nieta soltó una carcajada, Mamá Elvira estaba preguntando muchas cosas. Estuvieron platicando un rato y cuando por fin llegaron a la pregunta del trabajo, Ana le platicó a Mamá Elvira todo lo que había pasado en la











mañana.

—Lo que te están haciendo es muy injusto, seguro que a los hombres no les andan preguntando esas cosas. Las mujeres tenemos el mismo derecho a los puestos importantes en el trabajo. Los trabajos son como el mole, si nada más le encargas la chamba a los hombres sólo te va a salir un tipo de mole, pero si también le das oportunidades a las mujeres, te sale mole pipián, mole verde, mole rojo, mole amarillo, encacahuatado —dijo Mamá Elvira muy enojada por la situación.

Luego le platicó a Ana todo lo que Doña Leticia y sus compañeras habían hecho. Al parecer, las condiciones en su trabajo eran muy malas y ellas se organizaron para exigir que las cosas mejoraran. Ana ya estaba pensando con quienes de sus compañeras iba a ir a levantar una queja, Mamá Elvira tenía razón, las cosas no podían ser así.

—Mamá Elvira, ¿ya podemos empezar con la encuesta del mole? —dijo Ana pensando en lo mucho que se le había antojado el discurso que le había dado su abuelita.



*La primera  
delegada*



## Por el derecho a la información y participación



A Doña Mariana le encanta el chisme. Todas las tardes visita, junto con Doña Rosita, a Doña Imelda. A las tres les encanta reunirse y siempre se enteran de un montón de cosas. Un día se reunieron específicamente para hablar de la fiesta de quince años de la sobrina de Doña Rosita. Platicaron de lo rica que quedó la comida, de lo divertida que se veía la quinceañera y de lo entretenido que fue el baile.

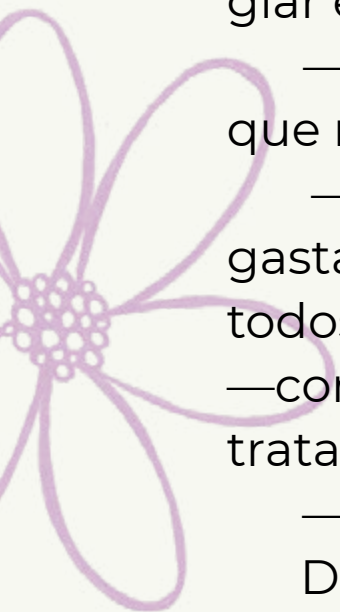
Cuando agotaron el tema, Doña Rosita les platicó lo mucho que les costó planear el evento. Al parecer, su hermana y su cuñado estuvieron planeando la fiesta por meses. Que el baile, que el vestido, que el pastel y quién sabe qué tanta cosa, pero lo que en verdad les costó trabajo fue conseguir la cancha del pueblo para hacer la fiesta. El delegado no quería darles el espacio y ya que lograron que se las prestara, estaba muy sucia. Se pusieron a limpiarla y después de quitarle toda la mugre descubrieron que ya estaba bastante desgastada, parecía que no le daban mantenimiento.

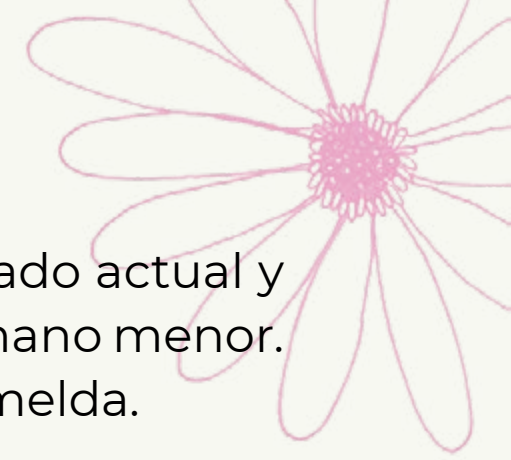
—¿No se supone que parte del dinero de la comunidad se usa para arreglar esas cosas? —comentó Doña Imelda sorprendida.

—Al final acompañé a mi cuñado a hablar con el delegado, pero nos dijo que no podía informarnos nada de eso —respondió Doña Rosita.

—¿Cómo que no podía informar? Si su obligación es explicar en qué se gasta el dinero y organizarlo bien. Lo único que hace es andar diciéndoles a todos que él es la autoridad, pero una verdadera autoridad debería trabajar —comentó Doña Mariana indignada por la forma en que el delegado había tratado a su amiga.

—Lo bueno es ya viene el cambio de delegado —añadió Doña Imelda  
Doña Mariana refunfuñó, llevaba varios días molesta porque la única per-





sona que quería ser candidata era el hermano mayor del delegado actual y según los chismes que había escuchado era igualito que su hermano menor.

—Y a ti, Mariana, ¿no te gustaría ser delegada? —dijo Doña Imelda.

—¿Yo? —contestó doña Mariana—. Nunca lo había pensado.

Una mujer jamás había sido delegada en la comunidad y eso hacía sentir insegura a Doña Mariana. En cambio, Imelda y Rosita estaban seguras de que haría un buen trabajo en ese cargo. Doña Mariana ya organizaba muchas cosas en la comunidad. Hace poco había organizado a las mamás y a los papás para pedir que enviaran más profesoras y profesores a la escuela. También se encargó de recibir a las últimas doctoras que mandaron al centro de salud y de revisar que no estuvieran regañando a sus pacientes. Doña Imelda y Doña Rosita se pasaron toda la tarde tratando de convencerla.

En la cena le platicó a su suegra y a ella también le pareció una gran idea. Doña Mariana estaba sorprendida de que todas las personas a su alrededor pensarán lo mismo, pero ella sentía un nudo en el estómago. Se fue a dormir con muchos pensamientos en la cabeza y ese día soñó con su mamá Elvira.

—Marianita... Marianita... Marianita...—susurró Doña Elvira mientras se incorporaba al sueño.

—¿Mamá Elvira?! —gritó Doña Mariana muy asustada.

Doña Mariana sabía que su mamá visitaba a sus sobinas y a sus hermanas de vez en cuando, pero nunca le había tocado, así que se espantó muchísimo. Mamá Elvira traía un pancito con nata calentito para su hija. Había estado vagando en los sueños de las personas de la comunidad y se había enterado que mucha gente estaba dispuesta a apoyar la candidatura de Mariana para delegada. Mamá Elvira se había emocionado mucho cuando escuchó la noticia, por eso traía el pancito de nata para celebrar con su hija.

—Imelda o Rosita fueron de chismosas antes que yo lo anunciara, mamá.









Aún no estoy segura de que quiera postularme —comentó Doña Mariana mientras le daba una mordida al pancito.

—¿Por qué? Si te gustan un montón esas cosas —contestó Doña Elvira mientras le arrebatava el pan.

Si no iba a ser delegada, no le tocaba pancito de nata.

—Pero acá nunca ha habido ninguna mujer delegada y... —trató de explicarle Doña Mariana a su madre.

—Mi amor, hace tiempo no había mujer que estudiara, que manejara un pedazo de tierra sola o que se fuera a trabajar a la cabecera, pero ahora hacemos todas esas cosas y las hacemos muy bien —explicó Mamá Elvira con una pequeña sonrisa.

Doña Mariana empezó a considerar realmente el convertirse en delegada y descubrió que era algo que sí quería hacer y que sólo dudaba por miedo. Mientras Doña Elvira la siguiera visitando y con el apoyo de sus amigas no tenía nada que temer.

—Mamá Elvira, cuénteme bien el chisme, ¿quiénes dijeron que iban a apoyarme? —preguntó Doña Mariana mientras tomaba el pancito con nata.



# *Las tres estudiantes*





## Por el derecho a la educación



A Doña Caro le encanta preparar la comida. Le encanta porque la cocina comienza a oler delicioso, también porque se acuerda de su mamá y de todas las recetas que le enseñó, pero lo que más disfruta es darles de comer a sus dos hijas. Ellas le cuentan cómo les fue en el día y a Doña Caro le gusta mucho escucharlas. Lupita, su hija más pequeña, llega a las dos de la tarde de la primaria.

Doña Caro y Don Raymundo, su esposo, tenían lista la comida exactamente a las dos para que estuviera calientita. Como a las cuatro llega María de la preparatoria y se calienta lo que prepararon ese día, Doña Caro siempre la acompaña; además, se roba uno o dos taquitos mientras María come. Esa tarde tanto Lupita, como María traían malas noticias. Justo a la mitad de la comida Lupita soltó, sin previo aviso, que ya no quería ir a la escuela. Doña Caro y Don Raymundo trataron de explicarle lo importante que era asistir a sus clases, pero Lupita estaba molesta y, sin explicar muy bien por qué, aseguró que ya no quería estudiar.

—Las maestras y los maestros te van a enseñar muchas cosas —dijo Doña Caro preocupada.

—Tú sabes muchas cosas y nunca fuiste a la escuela —contestó Lupita muy segura de lo que estaba diciendo.

—Claro que sí fui. ¿No te acuerdas?

—Pero fuiste cuando ya eras adulta y no acabaste.

—¿Recuerdas el cuento de la niña que podía volar? Cuando yo aprendí a leer descubrí que a veces las personas vuelan —susurró Doña Caro en la orejita de su hija.

—Yo ya sé eso, tú ya me leíste ese cuento —respondió Lupita alejándose





de su mamá.

Por más que intentaron, Lupita no parecía querer cambiar de opinión. Después de comer, Don Raymundo le pidió que lo acompañara a darle de comer a los animales en un intento de seguir platicando con ella y entender por qué ya no quería estudiar.

Como era costumbre, María llegó pasadas las cuatro. Se calentó la comida y se sentó a comer. Doña Caro estaba por empezar a compartirle lo preocupada que estaba por Lupita cuando María la interrumpió para comunicarle que ya no estaba segura si debía continuar en la escuela. En el último año todas sus compañeras se habían salido, una a una, de la preparatoria y María cada vez sentía que pertenecía menos a esa escuela. A lo mejor se podía dedicar a hacer otras cosas.

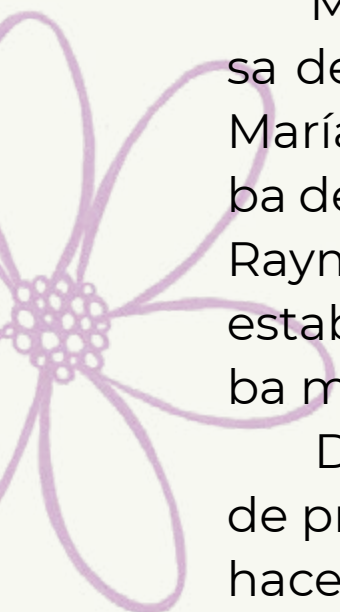
—¿No disfrutas ir? —preguntó Doña Caro sin poder entender a su hija mayor.

—Sí me gusta, pero ya casi nunca ayudo acá en la casa, si estuviera más tiempo le podría ayudar a Lupita con su tarea —explicó María.

—¡Ay hija! Si supieras —respondió casi en un suspiro Doña Caro.

María terminó de comer en silencio, inaugurando la tarde más silenciosa de la vida de Doña Caro. Don Raymundo y Lupita regresaron cansados, María tenía muchos pensamientos en la cabeza y la misma Doña Caro estaba demasiado triste para ponerse a platicar. Cuando se fueron a acostar Don Raymundo abrazó a Doña Caro. Ella le quería compartir lo angustiada que estaba, pero con ese abrazo comprendió que Don Raymundo también estaba muy preocupado.

Doña Caro cerró los ojos, mucho tiempo todo estuvo oscuro hasta que de pronto Mamá Elvira apareció enfrente de ella. Doña Elvira había fallecido hace varios años. A Doña Caro no la asustó ver a su mamá, más bien la recon-











fortó. Mamá Elvira estaba muy sorprendida de que no se espantara, era la primera vez que alguien no pegaba un grito al verla. Doña Caro estaba tan preocupada por sus hijas que no tenía cabeza para asustarse.

Mamá Elvira venía de visitar a Lupita y antes de eso había visitado a María. Su plan original era preguntarle a su nieta mayor si se acordaba como se hacía el pozole de Mamá Carmen, ya que ella lo había olvidado y cuando María era niña le ayudaba a anotar las recetas.

Cuando llegó al sueño se encontró con una nieta que ya no estaba segura de regresar al colegio, entonces fue a ver a Lupita para que animara a su hermana, pero descubrió que ella tampoco se sentía cómoda en la escuela, así que les revolvió los sueños y las juntó a las dos. Las tres mujeres tuvieron una plática que logró animar un poco a las niñas. Después pensó en Doña Caro y pasó a visitarla también.

—Mejor regrese con ellas, mamá, que yo ya ni sé qué decirles —soltó Doña Caro después de escuchar las actividades nocturnas de la señora Elvira.

Mamá Elvira poco a poco la fue tranquilizando, al parecer tanto Lupita como María habían decidido regresar a la escuela. El verdadero problema con María es que muy pocas mujeres de su comunidad estudiaban y muchas de sus amigas se habían salido de la escuela, además tenía compañeros que hacían comentarios en contra de las mujeres que querían estudiar.

—Aunque fuera la única, tiene el mismo derecho como cualquier hombre, además, ya hice planes para ir a visitar a sus compañeras para que también regresen a la escuela, aunque ellas sí que se van a espantar porque no me conocen—dijo Mamá Elvira.

María se había dado cuenta de que quería seguir estudiando mientras le explicaba a Lupita todas las razones por que la escuela era importante.

—¿Y Lupita? —preguntó Doña Caro esperando que su mamá también hu-



biera entendido qué pasaba con ella.

—¡Uy!, es que no te he contado, descubrimos que no le gusta porque dan toda la clase en español, como si nuestro idioma no existiera. Pero María ya quedó que va a ir a hablar con la maestra. Imagínate si a Lupita que ha aprendido bastante español le cuesta trabajo, como será para las niñas y los niños que no saben hablar más que nuestro idioma —le explicó Mamá Elvira a su hija.

Doña Caro decidió que iba a juntar a la comunidad para acompañar a María. Había que exigir que enseñaran su idioma. Entonces vino a su mente cuando se juntaron y le pidieron a la cabecera las clases para mayores. Recordó lo mucho que le gustaba aprender cosas nuevas y decidió que ella también iba a regresar a la escuela.

—Mamá Elvira, ¿Todavía quiere la receta del pozole de Mamá Carmen?, yo me la sé de memoria —dijo Doña Caro buscando agradecerle a su mamá por todo lo que había hecho ese día.





# *El vestido de bodas*



## Por el derecho a la libertad en el matrimonio.



Era la cuarta vez que Ameyali tenía que faltar a clases para ir con la costurera. Doña Guadalupe, su mamá, quería que le hicieran un vestido de novia precioso y sabía que Doña Elena era muy buena. Cada vez que podía llevaba a su hija a la casa de la costurera para que el vestido le quedara perfectamente a la medida. En cambio, a Ameyali le disgustaba no poder ir a la escuela y más si Doña Elena le llegaba a picar con alguna de las agujas por accidente.

—¿Ya terminamos? —preguntó Ameyali.

—Ya casi, sólo me falta ajustarte la cintura. Estás bajando mucho de peso —contestó la costurera.

—No se preocupe, Doña Elena, saliendo de aquí vamos a ir a ver lo del pastel y la comida. Seguro que nos zampamos aunque sea un tamalito —intervino Doña Guadalupe.

Ameyali había entendido que sólo irían con la costurera, pero tras el comentario de su madre podía ver claramente que el resto del día lo pasarían planeando asuntos de la boda. Desde que Ranulfo, su mamá y su papá habían acordado el matrimonio, parecía que era lo único que importaba. Ese día fue bastante pesado para ambas mujeres, caminaron tanto que sentían que sus pies estaban ardiendo y eso que estaban muy acostumbradas a caminar. Fueron primero a elegir el pastel y la comida, después entraron a varias tiendas a escoger adornos, pasaron a ver si el grupo del señor Andrés podía tocar en la fiesta; visitaron a la nueva delegada para que les prestara la cancha y a comprar quien sabe que tanta cosa.

Doña Guadalupe y Ameyali regresaron hasta la hora de cenar a su casa. Don Armando, el papá de Ameyali, las estaba esperando y Doña Guadalupe le contó con mucho detalle todo lo que hicieron en el día. La pobre de Amey-





ali estaba muy sorprendida de la energía de su madre, pero también estaba muy cansada y harta de haber tenido que dedicar otro día a planear una boda, que, aunque no quería que nadie se enterara, no tenía muchas ganas de que sucediera.

—Creo que ya me voy a dormir —soltó con un bostezó Ameyali.

—Descansa. A ver si mañana nos da tiempo de revisar más cosas —contestó Doña Guadalupe con una gran sonrisa.

Sin poder sacar de su cabeza las últimas palabras de su madre, Ameyali se quedó profundamente dormida. Su sueño comenzó de una forma muy extraña. Todo era oscuro, casi negro y lo único que tenía color eran ella y su vestido ¿de novia?, estaba usando aquel que Doña Elena estaba confeccionando. Ameyali trató de quitarse el vestido pero nunca lo consiguió, parecía que estaba adherido a su piel. De pronto, las lágrimas comenzaron a salir de sus ojos y cuando se dio cuenta ya estaba llorando.

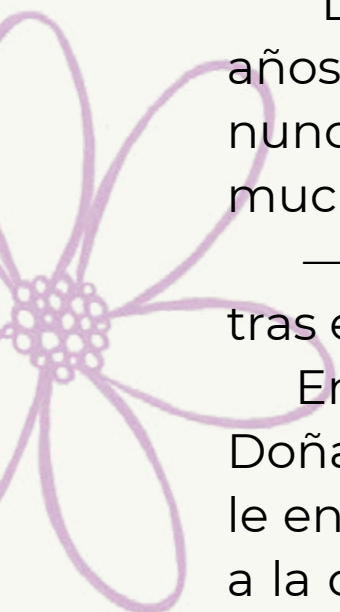
—¿Qué pasó, mi vida? ¿Por qué lloras? —La voz de Doña Elvira retumbó en las paredes del sueño.

—¿Mamá Elvira?! —gritó Ameyali.

Doña Elvira, la mamá de Doña Guadalupe, había fallecido hace varios años y aunque Ameyali sabía que de vez en cuando visitaba a su familia, nunca había aparecido en sus sueños. Por esa razón la joven se sorprendió muchísimo al verla.

—No te espantes. ¿Por qué todas se espantan? —dijo Mamá Elvira mientras entraba en el sueño.

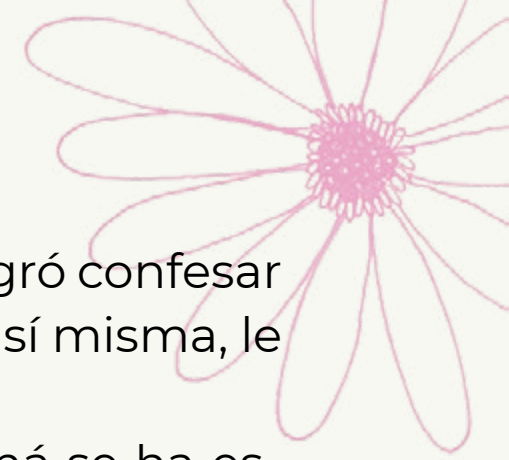
En realidad, el plan original de Doña Elvira era espiar el sueño de su amiga Doña Juana que muchas veces soñaba con recetas secretas. A Mamá Elvira le encantaba colarse al sueño y aprenderse los guisos. En el camino rumbo a la casa de Doña Juan había escuchado las lágrimas de Ameyali y prefirió











acompañar a su nieta. Después de un rato de platicar Ameyali logró confesar que no quería casarse con Ranulfo. Mamá Elvira, muy segura de sí misma, le explicó que no tenía que casarse con nadie si ella no quería.

—Pero... ¿Qué van a decir los demás si no me caso? Mi mamá se ha esforzado mucho ¿qué va a pensar? —comentó Ameyali.

—Pues mejor que se le agüite la fiesta a ellos y no a ti la vida —respondió sonriendo.

—¿No se supone que me tengo que casar?

—Claro que no, eso es algo que decides tú solita. ¿No ves a tu tía abuela Tencha que nunca se casó? Está muy contenta cuidando ella sola a sus animales, tu prima Ana que dijo que no se quería casar y ahora está trabajando en la presidencia o a Doña Lupe que nada más se juntó y está bien feliz con sus chamacas. Al fin, tú eres quien decide si se casa o no, y con quien, nadie puede obligarte a otra cosa —explicó Mamá Elvira.

Ameyali pensó en todas las mujeres alegres que conocía casadas, divorciadas, juntadas y solteras; eran felices sin importar su decisión. También pensó en su mamá, en su papá y lo mucho que le gustaba como se llevaba como pareja.

—A lo mejor algún día me case con alguien, pero no va a ser con Ranulfo —afirmó Ameyali.

Poco a poco el vestido de novia se despegó de su piel.

—Ahora sí, abue, cuéntame la receta secreta del pay de fresa de Doña Juana —dijo Ameyali mientras se le hacía agua la boca.

# *Nueva doctora*





## Por el derecho a la salud

La doctora Martha estaba muy nerviosa el día que se le asignó atender la clínica de una comunidad. Se sentía preparada para la tarea, pero el día anterior, en un sueño, Mamá Elvira la había visitado. Era una abuelita del pueblo que ya llevaba varios años fallecida. Quería asegurarse que ella sí fuera una buena médica y que atendiera muy bien a toda su familia. La doctora Martha se había asustado muchísimo la noche anterior y ahora no podía quitarse de la cabeza todo lo que le había dicho. Como Mamá Elvira había sido partera sabía muchas cosas de medicina y le platicó sobre esto a la doctora, incluso las enumeró.

—Recomendación cuarenta y dos, pon mucha atención; debes darle atención médica y acceso a medicina, a todas y a todos sin poner condiciones —dijo Mamá Elvira después de una amplia lista de varias indicaciones.

—Sí, mamá Elvira, no se preocupe —contestó la doctora Martha esperando que esa fuera la última recomendación.

Claro que Mamá Elvira estaba preocupada, se trataba de la salud de su familia y de sus amigas. Muchos doctores habían pasado por la comunidad y casi siempre eran malos médicos.

La doctora Martha no paraba de repetir en la cabeza cada una de las recomendaciones que le había hecho Mamá Elvira, no sabía muy bien por qué, pero la ancianita le había dado mucha confianza. La primera paciente, Doña Marisol, la ayudó a comprender la recomendación número trece. Mamá Elvira le había recalcado que debía explicar claramente en qué consistía la enfermedad que padecía su paciente en turno. Doña Marisol venía embarazada y traía un folder con muchos papeles.

—Hola, Doctora, me he sentido muy bien, siento que ya pronto viene



la niña. Lo único que me preocupa es lo del mal que traigo después —dijo Doña Marisol preocupada.

—¿Qué mal? —preguntó Martha, consternada.

—El anterior doctor me dijo que después del parto me iba a tener que operar —explicó Doña Marisol.

La doctora Martha revisó los papeles y descubrió que el anterior médico le había preparado una operación para ya no tener más hijos. Doña Marisol se sorprendió mucho. A ella nunca le habían preguntado ni explicado eso. La doctora recordó la recomendación número treinta y cinco. Mamá Elvira le había explicado que cada mujer toma las decisiones sobre su propio cuerpo. Martha canceló la operación para Doña Marisol y le explicó muy detalladamente cómo iba a ser el parto. También le platicó de diferentes métodos anticonceptivos y aunque al principio a Doña Marisol le dio pena, luego aprendió muchas cosas. La segunda paciente de la doctora Martha no se presentó, en su lugar llegó su hija, Doña Asunción.

—Doctora, mi mamá está muy enferma de la garganta, ya casi no puede hablar. Hoy empezó a tomarse un té de hierbas pero no quiere venir a la clínica porque dice que aquí siempre la regañan y no se siente cómoda. ¿Qué puedo hacer? —preguntó Doña Asunción.

Por segunda vez en el día, la doctora Martha recordó todas las recomendaciones que Mamá Elvira le había hecho respecto a la medicina tradicional y decidió seguir sus consejos. Primero le indicó a su paciente que confiara en lo que su mamá sabía, muchas veces los tés curan más rápido que la medicina. Después, acordó con Doña Asunción que cuando terminara de atender en la clínica pasaría a su casa para revisar a su mamá.

Así, la doctora Martha fue atendiendo a cada una de las pacientes que se presentaron y casi con todas ellas tuvo que recurrir a una de las recomen-









daciones de Mamá Elvira. Cuando terminó su jornada de trabajo pasó a ver a la mamá de Doña Asunción, regresó a su casa y después de cenar se fue a dormir. Para su sorpresa, Doña Elvira volvió a aparecer en su sueño.

—Mamá Elvira ¿qué hace acá otra vez? Me sirvieron mucho sus recomendaciones —dijo la doctora sorprendida de volver a ver a la ancianita.

—Si no son recomendaciones, son derechos —contestó Mamá Elvira.

—¿Viene a enseñarme más? Debería soñar con una libreta para poder apuntar todo lo que me dice —comentó la doctora deseando tener una libreta donde anotar.

—No, hoy te traje un tamal por tu buen trabajo —dijo Mamá Elvira con una sonrisa.

En lo que la doctora Martha saboreaba su tamal, Mamá Elvira se fue del sueño. Tenía muchas otras cosas importantes que atender antes de que amaneciera y con ello los sueños terminarían. La doctora estaba tan entrada en su tamal que no se dio cuenta cuando se fue.

—Le quedó delicioso el tamal, Mamá Elvira. ¿Mamá Elvira? ¿Mamá Elvira? ¿Ya se fue?

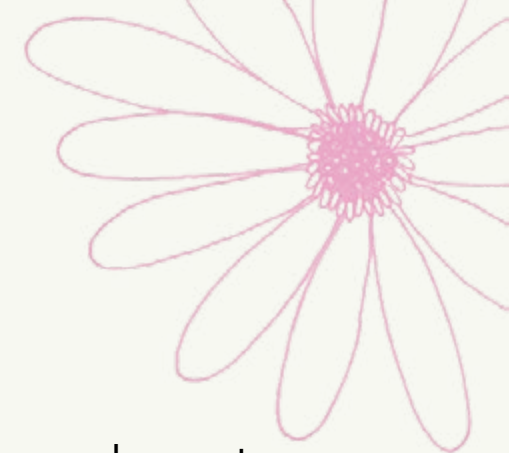




*Un baile sin  
zapatos*



## Por el derecho a vivir libre de violencia económica y psicológica



La boda de Doña Josefina y Don Polo fue tan grande y divertida que durante muchos años se habló de ella en la comunidad. Para la fiesta Doña María José se había confeccionado un vestido precioso con muchos bordados de colores, estaba muy emocionada por la festividad, tenía muchas ganas de saber qué iban a dar de comer, cómo iban a decorar, de ver a sus hermanas y amigas, y claro, de bailar.

Tristemente, durante la fiesta, Don Federico, el esposo de Doña María José, no quiso pararse a bailar ni una sola vez. Así que ella comenzó a aburrirse. Cuando Don Pedro, su hermano, la vio aburrida la invitó a bailar con él y se divirtieron muchísimo, pero para cuando regresó a su mesa Don Federico estaba muy enojado. Le reclamó que se fuera sin él, le grito cosas muy feas que no quiero repetir y después se burló de cómo bailaba.

Doña María José estaba muy triste y decidió ir a caminar afuera de la fiesta. Doña Adriana y Doña Gaby que habían visto lo que ocurrió decidieron acompañarla. Doña María José se sentía débil y a pesar del apoyo que sus amigas le mostraron, empezaba a sentir un nudo en la garganta.

—A veces ya no puedo hacer las cosas que antes me gustaban tanto, Federico me controla mucho. Algunas veces está enojado o burlándose de mí, aunque nunca me ha pegado ni nada similar —explicó María José.

—Ya sabes que yo dejé a mi esposo porque me trataba mal, la verdad me costó trabajo, pero al final todo salió bien y ahora me siento mucho mejor. Si alguna vez lo necesitas yo puedo acompañarte en el proceso —ofreció Doña Gaby.

—Aunque quisiera no tengo ni un peso para separarme, él siempre se





queda con todo el dinero. Además, como les decía, nunca me ha golpeado —respondió Doña María José sintiendo el nudo en la garganta.

Después de su plática las tres mujeres decidieron regresar a la fiesta. Don Federico seguía enojado, sin querer bailar y decidió que se tenían que ir temprano de la fiesta, aunque Doña María José quisiera estar más tiempo. Al llegar a la casa se acostaron sin decir nada. Mamá Elvira decidió visitar a María José en sus sueños, llevaba fallecida varios años, pero seguía vigilando muy de cerca a su familia.

Esa noche había estado espiando la fiesta para enterarse de los nuevos chismes. Cuando la mujer vio a su mamá no podía creerlo, sus sobrinas le habían contado que las visitaba, pero ella siempre pensó que era puro invento. Después de saludarla recordó que en las historias de sus familiares Mamá Elvira les había llevado algo de comer.

—¿Me trajo algo? —preguntó Doña María José.

—Sí, pero no te lo voy a dar hasta que hablemos seriamente —contestó Mamá Elvira.

—¿Me trajo un tamal?

—No.

—¿Un molito?

—No.

—¿Un pozole?

—No y ya concéntrate, o no te voy a dar nada —gritó mamá Elvira harta de tantas preguntas.

—Bueno, mamita, ¿de qué quiere hablar? —contestó Doña María José lista para escuchar a su madre.

Doña Elvira quería hablar sobre Federico. Le molestaba mucho cómo trataba a su hija y lo violento que podía llegar a ser. Habló un buen rato con









María José y le aconsejó que se divorciara. Ya había acordado con sus hermanas que si decidía separarse la iban a apoyar, pero todas sabían que la decisión era únicamente de ella.

—Pero él nunca me ha soltado un golpe, ni a mí, ni a nadie —dijo Doña María José sintiendo un mal sabor de boca mientras lo decía.

—Mi amor, la violencia no siempre es física, a veces hay otros tipos de violencia. También es violencia que te griten, que se burlen de ti, que no te den acceso al dinero y muchas otras cosas que a veces no queremos llamar violencia; pero nosotras sabemos que sí nos están lastimando —explicó mamá Elvira.

María José no tenía que pensarlo, ya no quería estar con Federico desde hace mucho tiempo, pero no sabía cómo decirlo. Entendía lo que decía su mamá. Sentía el corazón muy lastimado.

Sin previo aviso, en el sueño comenzó a escucharse la música de la fiesta, Mamá Elvira sacó a bailar a su hija y durante mucho tiempo bailaron sin zapatos. Doña Elvira solía decir que muchas veces los zapatos aprietan y por eso le encantaba bailar descalza.

—¿Esto fue lo que me trajo, mamá? —preguntó Doña María José, contenta de bailar tanto.

—Sí, pero además te traje un abracito de los que abrazan hasta el espíritu —contestó mamá Elvira.

Mientras madre e hija bailaban abrazadas, Doña María José se llenó de fuerza, se sentía acompañada y querida, lista para enfrentar lo que vendría cuando despertara. Entonces le empezó a rugir la tripa porque después del baile no había cenado nada.

—Mamá Elvira, y además del abrazo, ¿no me trajo un pozole?

# *Semillas*





## Por el derecho a vivir libre de violencia física, sexual y feminicida



A Mamá Elvira le da mucho miedo el mundo. Hace varios años que ella falleció y ahora anda como espíritu disfrutando preparar tamales, pozole, tlacoyos, mole y un montón de cosas; y luego, zampándose lo que preparó. Ella está muy feliz, el mundo no le da miedo por ella. Le da miedo cuando sus nietas suben al transporte y cuando andan solitas en la noche.

Le da miedo que Malinali o Ana se vayan a trabajar solas, aunque sabe que una de sus nietas era muy capaz en el campo y la otra en la administración. Le preocupa que haya hombres con malas intenciones que quieran seguirlas y lastimarlas.

Le preocupa que Lupita, María, Ameyali y Mine vayan a la escuela, aunque sabe que sus nietas son muy listas. Le da miedo que profesores o compañeros de clases pudieran abusar de ellas. Le da miedo que al final alguna de ellas decidida casarse con un hombre que sea violento o que algún día salieran a caminar y nunca regresaran.

Teme por sus nietas y también por sus hijas; sus nueras, sus amigas y todas las mujeres del pueblo. Le da miedo porque muchas veces el mundo no es un buen lugar para vivir si eres mujer.

Una noche decidió dejarle, por medio de un sueño, una semillita a cada una de sus nietas. Todas sonrieron cuando encontraron la semilla, aunque no entendían qué debían hacer con ella. Lupita y María pensaron que podía ser un ingrediente secreto y trataron de prepararla, pero nunca lograron que se cocinara. Malinali y Ana, las nietas más grandes de la familia, trataron de sembrarla, pero la semilla nunca creció. Poco a poco fueron descartando opciones, trataron de todo y nada funcionó. Un día decidieron quedarse a dor-



mir juntas en casa de Mine y se pusieron de acuerdo: todas iban a soñar con su abuela.

Su plan no funcionó, cada una soñó algo diferente. A Mamá Elvira le conmovió la confusión de sus nietas y aunque estaban soñando desde montar dragones hasta reprobado exámenes finales, les revolvió los sueños y las juntó.

—¡Mamá Elvira! ¡Qué bueno que la vemos! —dijo Malinali al ver a su abuelita.

—Uy sí, ahora ninguna se asusta —contestó Mamá Elvira.

Doña Elvira llevaba mucho tiempo sin ver a sus nietas juntas y eso la hizo muy feliz. Platicaron, jugaron y se abrazaron durante un buen rato. Cuando las nietas menos lo esperaban Mamá Elvira les dijo el porqué de la semillita.

—Se las di para que siempre la tengan y en este mundo que suele ser tan violento con las mujeres, siempre recuerden que se tienen una a la otra, para defenderse y exigir que siempre las traten con dignidad y respeto, pero también para acompañarse, escucharse y cuidarse entre ustedes. Cada una tiene una sola semilla, pero juntas tienen muchas —explicó mamá Elvira.

Las palabras de su abuelita entraron en los cuerpos de las mujeres y ahí se quedaron para siempre. Cada vez que una se sentía sola o necesitaba ayuda recordaba su semillita y que todas sus primas también tenían una que las unía.

—Órale, sigan soñando, que dejé unos tamalitos en la lumbre, al ratito les traigo uno para que lo prueben —dijo Mamá Elvira.

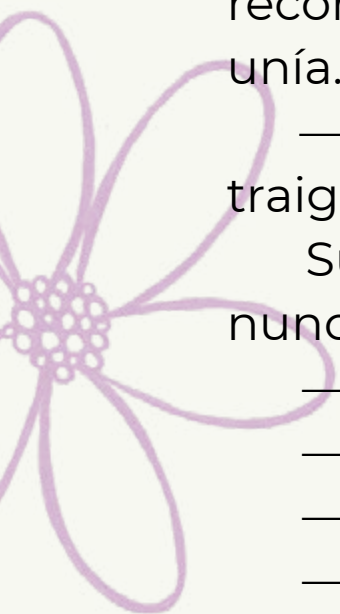
Sus nietas regresaron a sus propios sueños y abrazaron su semillita para nunca soltarla. Mamá Elvira... Mamá Elvira... Mamá Elvira ¿está ahí?

—Tú eres la narradora, no deberías hablarme.

—¿Será que yo también puedo tener una semilla?

—Claro que sí, todas pueden tener una.

—Y... ¿será que yo también puedo tener un tamalito?











**INPI**  
INSTITUTO NACIONAL  
DE LOS PUEBLOS  
INDÍGENAS



**México, 2020**

Solo disponible en formato digital